

Domingo II de Adviento. A / Mt 3,1-12

“Yo los bautizo con agua para que se conviertan; pero aquel que viene detrás de mí es más poderoso que yo, y yo ni siquiera soy digno de quitarle las sandalias. Él los bautizará en el Espíritu Santo y en el fuego” (Mt 3, 11).

El Bautista se presenta como el precursor de Jesús. Lo que hace Juan sólo es un signo de la realidad que nos trae Cristo. El bautismo de Juan, con agua, es un llamado a la purificación y la conversión. Nosotros hemos sido bautizados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu; se nos ha comunicado la vida de Dios y el fuego de su amor, que todo lo purifica, aunque siempre necesita nuestro sí.

Antiguamente los esclavos calzaban y descalzaban a sus señores. Juan no se considera digno de ser el esclavo del Señor. Aunque el gesto de sacarle la sandalia en la antigüedad, era una forma de continuidad. Pero Juan nos dice, que el amor de Cristo es totalmente Nuevo y diferente a lo conocido.



Nosotros estamos llamados a acoger el amor de Cristo, dejándonos transformar interiormente; sin saber cómo, Él quiere nacer en nosotros para siempre, dándonos una Vida Nueva.

“Pueblos todos, batid palmas, aclamad a Dios con gritos de júbilo” (Sal 46,2).

Jesús dame un corazón nuevo, que pueda acoger el amor que me das y recibir tu Espíritu.

¡Jesús prepara mi corazón para ti! ¿De qué me tengo que purificar para acoger a Cristo?

En unión de oraciones

Hno. Javier Lázaro sc